

Daniel Sorín

*John William Cooke. La mano izquierda de Perón*



## Prólogo aclaratorio

Una tarde fui a buscar un libro para este trabajo; el librero, al enterarse de que era para un texto sobre John William Cooke, me dijo, muy seguro él, que todos los trabajos sobre Cooke tenían el lamentable defecto que lo veían desde la mirada de la época en que se escribieron, no desde la de Cooke.

Sus palabras quedaron resonando en mi memoria.

Lo que el librero me dijo es utópico. No hay manera de despegarse del tiempo propio, de las luchas, de las contradicciones y los discursos que envuelven al que trae a *su* presente una parte del pasado. Pero, además, no tiene ningún beneficio desprenderse de lo contemporáneo.

A vos que leés estas líneas, quiero decirte que traigo a John William Cooke a partir de este presente. Que me atraviesan las discusiones de esta segunda década del siglo XXI, como sus ocultamientos y sus opacidades.

Más aun, debo anticipar que en estas páginas encontrarás ideas y hechos que encajan de manera sorprendente y exquisita en la actualidad argentina. Tal es el caso de la defensa que hiciera Cooke en la Cámara de Diputados del proyecto de ley de Represión de Actos de Monopolio, en el lejano septiembre de 1946.



Hoy en la Argentina se discuten “modelos”. Se ha dejado de proponer un sistema alternativo al capitalismo dependiente, parecería que hacerlo es cosa de un pasado superado.

Es, definitivamente, un allanamiento a la razón.

¿Puede subsistir un “modelo redistributivo” sin obstruir la continua fuga de riquezas, que es la esencia de la dependencia? ¿Puede perdurar el sueño de la Comunidad Organizada, de la conciliación de clases, en una economía movida por empresas extranjeras que remiten dividendos a sus

casas matrices? ¿Cuántos argentinos se requieren para exportar soja a China?, o quizá debiéramos preguntarnos: ¿cuántos sobramos?

En noviembre de 1959, Cooke entró clandestinamente al país para disertar en el congreso de las 62 Organizaciones. Entonces dijo: “Los parias de la India, intocables de última categoría, son los primeros en creer que una maldición los oprime y los hace inferiores al resto de los demás mortales”.

¿Pesa sobre nosotros una maldición que nos ha convencido de que no podemos aspirar a construir una nación independiente?

Estas cuestiones no fueron ajenas a Cooke. Incluso son anteriores a él y pueden encontrarse en el nacimiento mismo del país y de la patria americana. La Caja de Conversión, el Banco Central, el IAPI, la CAP, los ferrocarriles, las Actas de Chapultepec, están presentes en los debates que hoy nos ocupan, lo sepamos o no lo sepamos. Y porque están presentes, está presente John William Cooke.



Claro que también se manifiestan en estas líneas otras luces y sombras que John no conoció y que debo admitir para ser sincero. Entre ellas, se vislumbra el Cordobazo. También —aunque no es materia de este trabajo ni son nombrados— los reflejos tenebrosos de la dictadura terrorista de 1976 y su continuación por otros medios. Y, seguro, muchas otras luces y sombras que este escriba no ha maliciado conscientemente pero que integran la memoria colectiva.



Este es un trabajo sobre John William Cooke y sobre la síntesis posible que no fue. No intenta indagar en la persona, en esos pliegues ocultos y amorosos que todos los individuos tenemos y nos hacen irrepetibles. No estarán el póquer, el alcohol, la cocaína, el tango, las mujeres, ni su matrimonio con Alicia Eguren, tan careciente de las habituales normas. Sobre estos tópicos hay otros libros que derraman mala y torpemente algunas verdades con insostenibles mentiras, bien mezcladas y sin pruebas.

El objetivo de este trabajo no es redescubrir al sujeto impar. Tal propósito no sería —de ninguna manera— un trabajo menor, pero no es la búsqueda de este texto. Buscamos otra cosa, buscamos al político, al hombre de acción, al militante; ansiamos descubrir al hombre de ideas y su singular transformación.

Lo hacemos para que alumbre nuestro presente, nos eche un rayo de luz sobre el peronismo y el país. Porque, digámoslo otra vez, nada, absolutamente nada, es más cotidiano y está más presente que el pasado.

Daniel Sorín